Javier Marías: «El grado de ignorancia en España es deprimente»

Ana Solanes

Han tenido que pasar casi ocho años para que Javier Marías escribiera la palabra «fin». Antes de esas tres letras, las casi mil seiscientas páginas de su trilogía *Tu rostro mañana*, que integran las novelas *Fiebre y lanza* (2002), *Baile y sueño* (2004), y un último tomo, *Veneno, sombra y adiós,* que la crítica señala ya como su obra maestra.

Cuando tuvo lugar esta entrevista, contaba Marías que aún no se había desprendido del todo del libro, que todavía se sentía invadido por ese universo en el que ha vivido como en un refugio estos últimos años, de modo que le aliviaba no experimentar *«ese vacío del quehacer terminado, parecido al que deben de sentir los jubilados»*.

La verdad, la culpa, la violencia, la moral, el egoísmo... de todo eso, y de mucho, muchísimo más, habla *Tu rostro mañana*, por boca, sobre todo, de ese protagonista narrador con el que los lectores de Marías ya están familiarizados, pero que terminan de conocer del todo en *Veneno, sombra y adiós*. Ese Jacobo-Jaime-Jacques Deza que nació en la imaginación de Javier Marías hace ya dieciocho años, en su novela *Todas las almas*, y en cuyas peripecias vitales y reflexiones cabe todo: el humor y el drama, la digresión filosófica y la aventura, el relato a medio camino entre la ficción, y la realidad, la autobiografía, la historia, la memoria y el ensayo.

Javier Marías nos recibe en su casa del centro de Madrid y se presta a conversar, sin prisa, siempre dispuesto a divagar y a reír, como en sus libros. Tan generoso con su tiempo que, sin darnos cuenta, transcurren un par de horas charlando sobre los más diversos temas al hilo de algunas de las citas de *Veneno, sombra y adiós...* de este libro enorme, en todos los sentidos.

–Ha puesto punto y final a casi mil seiscientas páginas, su novela más ambiciosa. ¿Cómo fue adquiriendo conciencia de la magnitud de la historia que tenía entre manos?

–No es una cosa a la que puedas ponerle fecha porque éste no es un libro que estuviera concebido desde el principio con esas dimensiones, ni muchísimo menos. Es posible que de haber sabido que iba a acabar convirtiéndose en esta cosa monumental, aunque sólo sea por tamaño, ni siquiera lo hubiera abordado. Cuando yo saqué el primer volumen hace justo cinco años hablé de un segundo volumen, en absoluto de un tercero, y sabía que iba a ser una novela extensa. Y cuando llevaba la mitad del primer volumen escrita me di cuenta de que una de dos: o iba a ser un libro muy, muy largo, o bien lo sacaba en dos partes, en dos volúmenes a pesar de que los editores se oponían porque decían que la gente no iba a querer esperar. Así que no hay un momento determinado. Hay libros que crecen a partir de sí mismos y uno les va viendo las posibilidades a medida que escribe. El ejemplo es el de *Don Quijote,* que como se sabe, en un principio iba a ser una novela corta con tan sólo lo que hoy en día son los seis primeros capítulos. Así que es algo que ha ocurrido a menudo, aunque en mi caso no ha habido una ambición previa.

–En este caso la magnitud no es sólo por la extensión, sino también por la cantidad de temas de los que trata. Tu rostro mañana *habla, entre otras muchas cosas, del modo en que ignoramos nuestros límites. ¿Cree que, como se dice en la novela, en esta vida llegar a ser cruel o deshonesto, o hasta un criminal, sólo es cuestión de tiempo, de tentaciones y circunstancias?*

«Algunos libros crecen a partir de sí mismos, como el Quijote, que iba a ser una novela corta»

–Para el que lleva esa probabilidad en el interior de sus venas, como se dice en el libro, sí. Para el que no la lleva no.

–¿No llevamos todos dentro esa probabilidad del mal, aunque no llegue nunca a manifestarse?

–No, no creo que la llevemos todos, por fortuna. La idea de que todo el mundo tiene capacidad para el mal, llámalo como quieras, y sólo es cuestión de circunstancias o de tiempo que eso se manifieste, sería demasiado simple. A mí me recuerda en cierto sentido a lo que han dicho a lo largo de todos estos años de la democracia en España muchos de los escritores que incluso se comportaron mal durante el franquismo. No es que estuvieran con el bando franquista simplemente, alguno lo estaría en su día, supongo que de buena fe, por así decirlo, porque creían en sus ideas, pero hubo gente que realmente colaboró con ese régimen cuando ya se vio que era un régimen tiránico, o que hicieron cosas muy feas, sobre todo en los primeros años de la posguerra. Pues una de las cosas que han intentado decir algunos de ellos para justificarse es que todo el mundo hacía lo mismo, que no había más remedio para sobrevivir, que había que colaborar y estar a buenas con el régimen. Y eso no es cierto. Hubo gente que no lo hizo y que tan necesitada estaba de sacar a su familia adelante como el resto. A muchos de ellos, como es sabido, se les impidió ejercer su profesión, ya fueran médicos, arquitectos, abogados o lo que fuera, y tuvieron que salir adelante no se sabe muy bien ni cómo en algunos casos. Pero no todo el mundo se plegó a eso. En cambio, pensar eso sería como decir que todo el mundo, expuesto a determinadas circunstancias, hace lo mismo. Pues no, no todo el mundo lleva ese mal, esa probabilidad de ejercerlo en el interior de sus venas, como se dice en la novela. Por el contrario, hay gente que lleva en el interior de sus venas otras cosas estupendas, lo que pasa es que lo ignoramos. Mucha gente cree saber mucho sobre sí misma y con mucha ufanía dicen que jamás actuarían de un modo determinado, y cuando oigo o leo estas cosas siempre se me escapa una mueca de escepticismo, pero es muy difícil saberlo.

«Muchos colaboraron con el franquismo cuando ya se veía que era un régimen tiránico»

–En las guerras, y en la novela se habla de varias de ellas, sí sale esta capacidad de ejercer el mal. ¿Cree que, como dice uno de los personajes, Wheeler, en tiempo de paz se juzga con mucha severidad a los tiempos de guerra?

–En las guerras sale porque se obliga a los combatientes y a parte de la población civil. La guerra y la paz son dos cosas excluyentes. En tiempo de paz no se concibe el tiempo de guerra y en el de guerra tampoco se concibe ya el tiempo de paz: hay una guerra y hay que ganarla, aun haciendo muchas cosas que normalmente uno no haría. Lo grave es empezar una guerra. Una vez empezada y una vez que uno participa en ella, se hace todo lo necesario, como también se dice en el libro, lo cual también a veces incluye lo innecesario. Precisamente una de las cosas que se plantea uno de los personajes de la novela es que durante la guerra hizo con su mejor voluntad todo lo que creía necesario y luego es incapaz de ver que eso fuera realmente necesario para ganarla, se pregunta si quizá no se hubiera ganado realmente si ella hubiera dejado de hacer lo que hizo.

–El «veneno» al que se hace referencia en el título de este tercer tomo de Tu rostro mañana *es también el de la violencia: el narrador se siente envenenado cuando su jefe le obliga a ver unas grabaciones en las que se recogen actos terribles, torturas, asesinatos, sadismo... Y ese veneno es, seguramente, el que lleva al pacífico Jacobo Deza a terminar ejerciendo él mismo esa brutalidad. Hay en el libro una reflexión sobre el proceso de inoculación de la violencia ¿Lo que vemos cada día por televisión es eso, veneno para los ojos?*

–En gran medida sí, en la novela se puede decir que hay un descubrimiento por parte del narrador de que existe ese recurso. Claro que se emplea la violencia, mucho más de lo que pensamos y eso que con las televisiones mostrando todo tipo de atrocidades vemos que se utiliza la violencia en mayor medida de que lo hemos sabido nunca. El protagonista descubre eso, le horroriza lo que ve pero, al mismo tiempo, ese veneno se le inocula y pasa a no

«En la televisión vemos todo tipo de atrocidades y la violencia es más explícita que nunca»

descartar hacer uso de la violencia. Todo viene de una frase que aparece en el segundo volumen *Baile y sueño* en la cual, después de que el personaje de Tupra ha ejercido una violencia ante el protagonista, él se lo reprocha y el otro le dice «bueno ¿y por qué no? Explícame por qué no» Y él entiende que no le está pidiendo que le diga lo que ya sabemos todos sobre si es mala la violencia, sobre el pecado, porque te pueden llevar a la cárcel, porque debes amar al prójimo... todo eso se da por descontado. Le está preguntando por qué no, más allá de todos esos conocimientos heredados. Y se da cuenta de que le resulta muy difícil contestar más allá de los tópicos, que aunque sean ciertos no dejan de ser saberes que tenemos todos heredados. Pensarlo por uno mismo es difícil.

–«La vileza es la esencia del Estado», *se dice en la novela. ¿También incluso en tiempos de paz?*

–El Estado o el poder necesitan que haya alarmas, necesita que haya amenazas y peligros y la sociedad se sienta relativamente en peligro y relativamente amenazada. Entre otras cosas porque ésa es la única manera de que el Estado pueda ejercer una de las funciones más beneficiosas para sí mismo, que es la de protector. Si no hay peligro ni amenazas el estado pierde fuerzas, pierde categoría. De modo que necesita la traición y, si no la hubiera, tendría que crearla. Eso hoy en día en Estados Unidos se ve más claramente que en España porque, dentro de todo, éste ha sido un país bastante sensato después de los atentados del 11-M, y sin embargo en Estados Unidos o en Inglaterra el cambio de leyes ha sido realmente monstruoso, la supresión de libertades ha sido tremenda, en un cierto sentido se podría decir que de una manera injustificada porque evidentemente existen peligros, aquí hemos sufrido un atentado en el que murieron casi doscientas personas y podría volver a ocurrir, ahora bien, han pasado ya años y no ha habido otro ni aquí ni en Estados Unidos. No es una cosa permanente. Por eso no es una guerra y cuando se utiliza en término «guerra contra el terrorismo» a mí me indigna porque una guerra

«El Estado necesita que haya alarmas y amenazas y que la sociedad se sienta en peligro»

es una cosa diaria, cotidiana. Hay tan pocas posibilidades de que a uno le toque eso como de que se caiga un avión y se estrelle, y eso no es algo que aterre a la gente. En cambio no me cabe duda de que al menos en Estados Unidos y en Gran Bretaña ha habido un fomento de ese miedo permanente y cotidiano cuando no se corresponde con una cotidianidad en el peligro.

–Sin embargo es verdad que en España no se ha alentado, pero usted mismo ha denunciado en algún artículo cómo aquí lo que también ha ocurrido es que se ha cambiado el foco al no preocuparnos de ese terrorismo islamista, sino más de las luchas internas de la política y de la repercusión de los atentados en los distintos partidos.

–Aquí a los diez días más o menos del atentado todo era normal en la calle, y por un lado me parecía bien, aunque quizá por otro da la sensación de que mucha gente, y en parte los políticos, y eso sí es más grave, parecía considerarlo una excepción que no tiene por qué volverse a dar y eso no es así tampoco. Con eso no estoy diciendo que yo pretenda que se instauren aquí reglas y limitaciones de las libertades individuales en absoluto, pero sí es verdad que quizá la sociedad española en un momento ha estado demasiado despreocupada pensando «bueno, son estos locos islamistas que ni nos van ni nos vienen» y hay un exceso de confianza. Aunque yo, con todo, prefiero esto a lo contrario.

–«Rápido el llanto pero más veloz el olvido», *se dice en la novela. Uno de los temas centrales de* Tu rostro mañana *es esa forma de egoísmo que es el instinto de supervivencia, como se dice al comienzo de* Veneno, sombra y adiós*:* «Uno no lo desea, pero prefiere siempre que muera el que está al lado».

–Eso lo dice Tupra que es un personaje bastante cínico, pero incluso el propio narrador le dice que no siempre es así, que de vez en cuando hay personas que sí echan una mano incluso a desconocidos y que hasta arriesgan su propia vida. Y yo sí creo las dos cosas, creo que lo normal y lo natural es ese sentido de supervivencia, ese egoísmo y ese poner pies en polvorosa en el momen-

---

«Vivimos despreocupados. Aquí, a los diez días del atentado del Once de Marzo todo era normal en la calle»

to en que uno se ve amenazado. Pero precisamente porque eso me parece lo normal, lo que considero extraordinario del ser humano es que no siempre lo haga. Y a mí me conmueve mucho ver que efectivamente cuando lo sensato sería decir sálvese quien pueda, que no siempre sea así, y se den muestras de solidaridad, porque supongo que una de las grandes cosas del ser humano es su capacidad para sentirse solidario con los demás. Y que eso suceda a veces, me parece extraordinario y por eso no dejo de ser optimista. A veces no hay que ser heroico para decir simplemente «esto no está bien» y yo creo que eso se da, aunque cada vez menos. Ha habido largas temporadas en la historia de la humanidad en que no se ha dado como aquí en España durante el franquismo cuando la gente, como decíamos, miraba hacia otro lado. En mi experiencia lo normal es eso, la gente no se arriesga por otros, o rara vez. Cuando he tenido algún conflicto o algún problema he visto que a mi alrededor la gente ha dicho «allá se las componga éste» y a lo mejor era gente de mi misma profesión que podían haberse visto en la misma situación que yo y sin embargo les podía más el temor a enemistarse con alguien poderoso, por ejemplo. Pero alguno hubo, alguna excepción siempre hay, lo cual ya es mucho y me parece admirable. Cuando la gente tiene miedo se comporta muy egoístamente, pero no siempre todo el mundo, con lo cual estaría de acuerdo con lo que dicen los dos personajes, con que, afortunadamente, no siempre es así.

–Los dos personajes ancianos del libro, inspirados en su padre y en su amigo Sir Peter Russell, tienen una visión negativa de la época actual, en comparación con otras –incluso terribles– que les tocó vivir. ¿Comparte esa visión pesimista de la España actual?

–Creo que decía que extrañamente en una época tan estúpida como ésta, uno cuenta menos con la imbecilidad que con la infamia, porque la infamia la ha habido siempre y el grado de tontería actual no se ha alcanzado nunca, que se sepa. Estamos en una

---

«El grado de tontería actual no se ha alcanzado nunca. Estamos en una época de particular idiotez»

época de particular tontuna e idiotez, a mí una de las cosa que me sorprende mucho a menudo es que uno lee el periódico, que parece algo más serio, no digo ya la televisión, y a menudo veo noticias que están en primera página y si yo fuera el director diría «esto es una tontada, esto no se saca». Tengo la sensación de que casi nadie se atreve a decir «esto es una majadería, no se le hace caso y no se le da carta de naturaleza». Ahora parece que hay que escuchar a todo el mundo, y claro que todo el mundo tiene derecho a decir sus cosas pero los demás tienen derecho a decir «esto es una bobada». Sin embargo hay demasiado miedo y entonces se anulan los filtros. Todo llega, todas las estupideces, todas las ocurrencias llegan, son fomentadas y triunfan. Entonces cómo no va a ser lógico que se eche en falta una época. Las ha habido buenas y malas, y muy malas, como las que tuvieron que vivir esos dos personajes ancianos, la guerra civil en España y la segunda guerra mundial, pero posiblemente, sin embargo, eran épocas en las que la gente tenía un poco más de criterio e incluso de sentido común y menos tontuna generalizada.

–El narrador también se refiere en términos muy duros a «mi país, al que hoy considero envilecido hasta la médula y embrutecido en demasiados aspectos». *¿Cuáles son las peores expresiones de ese envilecimiento y embrutecimiento?*

–Tengo la sensación de que ahora mismo España es un país bastante envilecido y bastante embrutecido y creo que ha habido una especie de regresión curiosa porque en los años ochenta y parte de los noventa, daba la sensación como de que el país intentaba mejorarse a sí mismo y que había una cierta preocupación por tener mejor aspecto y un poco más de saber y por adaptarse a lo que se creía que era Europa... y parecía que había un afán general de mejora y de salir de la ignorancia. Y en cambio, de unos años a esta parte, me parece que estamos viviendo una especie de regresión. A mí hay cosas que me recuerdan al franquismo, yo que lo he vivido hasta los veinticuatro años y lo recuerdo bien, hay cosas

«Me parece que estamos viviendo una especie de regresión. A mí hay cosas que me recuerdan al franquismo»

que me recuerdan a aquella época en la que la gente era muy bruta y además no les importaba y ahora esa misma actitud se encuentra cada vez con más frecuencia. Es un poco deprimente el grado de ignorancia que se ha llegado a tener. Y en cuanto al envilecimiento no hay más que mirar los casos de corrupción que van apareciendo y eso que es sólo la punta del iceberg pero uno tiene la sensación de que es un envilecimiento general y que hay una buena parte de la población a la que los destrozos urbanísticos les parecen bien porque ellos también sacan su provecho.

–Sin embargo, hasta alguien tan poco nacionalista como Jacobo Deza, se indigna cuando ve a un extranjero hablar mal de España y los españoles, reconoce que «nunca nos libramos del patriotismo enteramente». *¿Le ocurre algo parecido?*

–Eso lo dice con preocupación. Yo en ese sentido también soy así porque a todos mis personajes les meto algo mío, y claro que suscribo algunas cosas del narrador, aunque no todas. En ese caso sí, yo soy nada patriotero y posiblemente poco patriota en el sentido en que se usa la palabra normalmente. Pero es verdad que de pronto sucede que, incluso siendo poco patriota, te ha molestado si un extranjero ha dicho algo. Es normal, supongo que asimilable a lo que sucede con la propia familia: uno puede echar pestes de su madre y ponerla verde, pero si viene otro y te lo dice, respondes: «perdona, eso lo puedo decir yo, pero tú no». No tiene mucho sentido y por eso es preocupante, porque no se pueden conciliar las dos cosas. Pero sucede.

–Esa visión tan crítica de España y de Madrid, a la que tantas veces ha calificado de «invivible» ¿no le lleva a pensar en irse de nuevo a vivir al extranjero ahora que ya no debe estar cerca de su padre?

–Puede que me vaya, no he tenido mucho tiempo para pensarlo, pero igual ahora ya sí quizá me vaya, aunque no del todo, porque al fin y al cabo Madrid es la ciudad en la que nací y en la que más he vivido, donde están la mayor parte de mis amistades. Y hay cosas de la ciudad que también me gustan a pesar de que son cada vez menos.

«A muchos ciudanos los destrozos urbanísticos les parecen bien porque sacan su propio provecho de ellos»

–¿Con qué se queda?

–Me gustan algunas calles como el Paseo del Prado, que ya van a destruir por cierto, porque ya les queda poco por destruir; me gusta incluso alguna característica de Madrid que no se ha perdido del todo, como que la gente es bastante desprendida aquí y no le da demasiada importancia al dinero en la vida cotidiana. Pero bueno, es posible que sí me vaya aunque no sé adónde porque el mundo se está poniendo muy antipático y ya no quedan lugares donde irse. Es uno de los problemas de la globalización en los que nadie cae. Todo se uniformiza. Yo recuerdo que cuando en época de Franco uno pensaba que siempre podría exiliarse, se pensaba en Francia, porque era un sitio que tradicionalmente acogía refugiados, pero es que ahora ya los países cercanos están por el estilo.

–La ficción se añade a la realidad también en Veneno, sombra y adiós. *Durante la escritura de este tercer volumen fallecieron dos personas fundamentales para usted a los que había convertido en personajes de la novela: desaparecieron de la vida pero le siguieron acompañando en la ficción ¿De qué manera le afectó en la escritura?*

–A la novela no sé si le afectó, espero que no, porque cuando estás escribiendo una novela creo que si al autor le está pasando algo difícil o doloroso no es bueno que eso se trasluzca o pase a la novela. Cuando uno está muy mal pues no escribe y si escribes es porque ya puedes hacerlo.

–¿Era para usted un consuelo el que esos dos personajes tan queridos siguieran vivos dentro de la novela?

–Sí, en parte era un consuelo y lo noté sobre todo cuando acabé el libro, porque entonces tuve la sensación de que las dos personas de la vida real en las cuales se inspiraban esos dos personajes habían muerto del todo. Tuve casi una sensación de mayor finitud de esas personas que cuando murieron en la vida real, porque en cierto sentido los había hecho hablar todavía, había hecho estar presentes a dos personajes muy parecidos a ellos, podía darles nuevas palabras, nuevas escenas en su vida equiparables a las que podían haber tenido conmigo mismo. Y

«El problema de la globalización es que todo se uniformiza. Ahora todos los países serán por el estilo»

en cierto sentido, con ese elemento vívido que tienen las novelas para quien las lee, pero también incluso para quien las escribe, realmente tenía la sensación de que aún no estaban muertos del todo. Al mismo tiempo es verdad que escribir esas partes en las cuales los personajes correspondientes a mi padre y a Sir Peter Russell aparecen y hablan, en cierto sentido me costaba mucho. Y dada mi forma de escribir, sin un plan predeterminado, con brújula y no con mapa, y que voy averiguando la novela a medida que la escribo, pues también me he dado cuenta de que uno de los azares por ejemplo de esta novela es que si mi padre y Sir Peter Russell hubieran vivido un poco más a pesar de que fueran muy mayores, no sé si me habría atrevido a hacerlos morir en la ficción y es posible que entonces no hubieran muerto en la novela.

–¿Le gusta dejar actuar libremente al azar en sus novelas?

–Sí, mis novelas dependen mucho del azar. Por poner un ejemplo, cuando aparecen en una escena los cuadros de la Condesa de Sansegundo y sus hijos, y luego el de su marido el Conde, que están en el Museo del Prado, habrá muchos lectores o críticos que estarán convencidos de que son cuadros elegidos muy a conciencia para establecer una serie de paralelismos y vínculos con la propia historia de la novela. Pero no. Llegó un momento en que tuve que escribir esa escena del personaje que debía estar tomando esbozos frente a algún cuadro, y cuando me tocó escribir esa parte estaba en Soria, donde me voy a veces para escribir con más tranquilidad. Y allí no tenía el catálogo de pinturas del Prado, ni tengo ordenador y como no utilizo internet, tampoco lo podía consultar. Así que me fui a las dos o tres librerías de esa pequeña ciudad a ver si tenían algo y encontré un pequeño librito de obras maestras del Prado y allí encontré el de la Condesa que ni siquiera recordaba y empecé a escribir esa escena. A los pocos días volví a Madrid, fui al Prado y sólo entonces me di cuenta de que al otro lado, separado por una puerta estaba el cuadro del Conde. Así que es puro azar. Pero se trata de conseguir que lo que es azaroso luego se convierta en necesario. Mis novelas están llenas de cosas que parecen deliberadísimas y pensadísimas y no siempre lo son.

«Escribo sin plan, con brújula y no con mapa, averiguando la novela a medida que la escribo»

–En este último tomo se vuelve a contar la historia de su padre, denunciado y represaliado tras la guerra civil, y se dan los nombres de sus acusadores. En el reciente debate sobre la Ley de Memoria Histórica se ha discutido si había que hacer públicos los nombres de los verdugos, ejecutores y demás. ¿Usted qué opina?

–Pues es una de esas cuestiones sobre las que no tengo una idea muy clara, es decir, que tengo ideas contradictorias. Lo cual, dicho sea de paso, en España es muy raro, porque aquí la gente nunca admite tener las cosas poco claras. Es una cosa asombrosa el que todo el mundo siempre se define y se decanta pase lo que pase, por muy difícil que sea dilucidar el asunto. Y este es uno de esos casos en los que yo no tengo muy claras las cosas. Por un lado sí, creo que un acierto sin duda de la transición fue esa especie de amnistía que se llevó a cabo y que nadie empezase a sacarse trapos sucios y reproches y sobre todo que no se enjuiciase a nadie. Creo que, aunque habrán muerto ya la mayoría de las personas que tomaran parte en hechos horribles de la guerra civil, aunque vivieran, no sería ahora cuestión de llevarlos a juicio, me parecería un absurdo. Ahora, una cosa es que no se castigue a la gente y otra es que no se sepa lo que pasó. Sí creo que se tiene derecho a saber lo que ocurrió o quién se comportó de una manera y quién de otra. Y hace ya mucho tiempo, cuando nadie aún estaba por las labores de lo que llaman ahora memoria histórica, escribí un artículo muy irritado sobre escritores que habían colaborado abiertamente con el régimen franquista y han sido artículos que me han traído grandes problemas más de una vez. A ellos nadie les pidió cuentas, y si se hubieran limitado a darse con un canto en los dientes dado que nadie les iba a afear lo que hicieron o el puesto que tuvieron... pero es que tampoco pasó eso, sino que muchos de ellos aprovecharon esa especie de olvido acordado general para entonces inventarse un pasado antifranquista por ejemplo. Y eso ya me parece indignante, una tomadura de pelo. Alguno de ellos, que incluso había redactado aquellos manuales de formación del espíritu nacional, hablaba

---

«En España la gente nunca admite tener las cosas poco claras, todo el mundo se define y se decanta»

después hasta de su exilio, ya en los años sesenta, cuando lo que hicieron fue ocupar un puesto que le ofrecían en una universidad de Estados Unidos, o hasta pretendían presentar como un exilio lo que era un puesto diplomático en París, propuesto por el propio gobierno de Franco. Y yo por mi padre sabía que muchos de ellos eran franquistas convencidos. Por eso en un sentido me parece bien que se sepa lo que pasó, que no se tomen ya medidas contra nadie, pero que se sepa.

–¿Y cuál sería la contradicción?

–Lo que pasa es que la contradicción me viene por algo que también sale en el libro, o en algún otro libro mío incluso: ¿por qué añadirle al mundo algunas historias atroces que ya es suficiente que hayan sucedido como para encima incorporarlas a relato del mundo? Tengo esa duda. ¿Por qué añadirles una vergüenza a los descendientes de verdugos o ejecutores que seguramente no han tenido nada que ver?

–«La memoria es un dedo tembloroso», *cita Deza, y usted añade* «y no siempre atina a señalarnos». *Sin embargo,* Tu rostro mañana *es un esfuerzo titánico de memoria, ¿tal vez porque el olvido es a veces un atajo hacia la impunidad?*

–Esa cita es de Benet, y yo la completo. Hay otro elemento que me hace dudar y es la aversión o la repugnancia que tengo hacia los delatores, seguramente porque mi padre fuera víctima de uno. Y aunque sea distinto no sé hasta qué punto el estar señalando a la gente, sobre todo de cosas ya muy lejanas, no me gusta. Uno de los problemas graves con esta historia de la guerra civil es que yo me he dado cuenta de que cuando era joven, cuando publiqué mi primera novela a los diecinueve años, en el año 71 entonces hacía tanto tiempo que había tenido lugar la guerra de Cuba como ahora hace tiempo que tuvo lugar la guerra civil. Y me parecía una cosa tan remota, a pesar de tener una abuela cubana que tuvo que marcharse de allí cuando perdió España, y que me hablaba de la voladura del Maine. Y ahora no tenemos esa sensación. Segura-

---

«¿Por qué añadirles una vergüenza a los descendientes de verdugos o ejecutores que no han tenido nada que ver»

mente porque en una guerra civil como aquella es más difícil olvidar al enemigo cuando lo sigues teniendo aquí y después vienen casi cuarenta años de dictadura del que venció la guerra. Pero supongo que también es muy cercana porque los propios padres de la gente de mi generación la vivieron.

–¿Será quizá esa necesidad de hablar después de esa especie de pacto de silencio durante la transición? Igual que ocurrió en Alemania, donde, tras la guerra, hubo también una generación del silencio.

–Sí supongo que es normal que suceda, pero es que no podía ser de otra manera porque estaban todavía allí, como quien dice. Lo que pasa es que aquí la generación del silencio ya la tuvimos. Forzada. También es que en España la gente es muy alegre y muy idiota, lo siento una vez más. Porque la gente no se acuerda, o los más jóvenes quizá ignoran que *Franco murió* tranquilamente en el poder, en su cama y que nadie lo derrocó. A veces la gente actúa como si hubiera habido una especie de conquista de la libertad y no la hubo. Y llegó en gran medida gracias al Rey que ahora la gente se dedica a denostar, cuando él podía haber tirado por un camino distinto del que eligió, aunque le hubiera ido muy mal. Y no es que hubiera habido exactamente un pacto, es que no cabía otra opción.

–Sin embargo, otro de los temas de Tu rostro mañana *es el del precio de no callar.* «No debería uno contar nunca nada», *así comienza el primer tomo. Y en el último se comprueban las consecuencias de dar una opinión. Sin embargo, usted opina continuamente, en sus artículos y también dentro de sus novelas. ¿Opinar es un riesgo, un vicio, un acto de responsabilidad?*

–El que escribe en prensa no tiene más remedio que opinar. Es inevitable porque es también lo que el lector de periódicos busca: una opinión más o menos fundamentada. Yo puedo parecer a veces un poco exagerado porque si no exagero, no me divierto. Por eso en mis artículos digo a veces cosas un poco locas pero intento argumentar a la vez y explicar el porqué de mis opiniones.

«A veces la gente actúa como si hubiera habido una especie de conquista de la libertad y no la hubo»

Y, hombre, hay días en que uno está cansado también de opinar y cosas sobre las que uno no tiene opinión. Y a veces merece la pena exponer cierta perplejidad sobre determinada cuestión y mostrar que las cosas no son tan simples. Y riesgo desde luego (ríe), porque siempre hay gente que se irrita y a veces tienen razón y entonces no tengo inconveniente en pedir disculpas cuando me toca. Hace unos días por la calle me paró uno y estuvo a punto de agredirme directamente, ofendido por mi artículo anual sobre la Semana Santa. Pero también hay gente que te da las gracias y te dicen que menos mal que existen tus artículos. Y por supuesto que es una responsabilidad opinar en un medio de comunicación, aunque parezca que yo no llevo mucho cuidado, sí lo llevo.

–Se supone que para opinar primero habría que saber. Pero también se dice en la novela que hoy en día «nadie está dispuesto a saber con certeza nada, porque las certezas se han abolido, como si estuvieran apestadas.» *¿Tenemos todos una tendencia natural a engañarnos?*

–Sí eso es cierto. A menudo tenemos las pruebas claras de eso. Por recurrir a un ejemplo cercano e inmediato, es obvio que la guerra de Irak fue un disparate, un error, que fue ilegal, no había armas de destrucción masiva etc. y sin embargo hay gente, mucha en Estados Unidos pero también en España, que sigue opinando que sí tenía que ver el 11-S con Irak y con Sadam, que sí había armas... La gente dice «yo ya me he hecho esta idea a mí ya me pueden contar loo que sea, que yo lo voy a negar siempre». Son gente que destesta saber en asuntos colectivos, y a nivel individual nos sucede también. Como se dice en el libro, a veces percibimos avisos o cosas que no nos gustan de personas cercanas a las que queremos, y tendemos a dejarlo pasar hasta que, cuando el tiempo confirma eso, reconocemos que lo vimos, pero no lo quisimos saber porque a veces es difícil aceptarlo. Yo, cuando eso sucede con algún amigo, tomo nota.

«La guerra de Irak fue un disparate, pero aún hay gente que la vincula al 11-S y a Sadam Hussein»

–Y hablando de amigos, otra aparición estelar llamativa en este tomo es la de Francisco Rico. «Hoy ha venido el profesor Rico», dice un personaje llamado Garralde. «El profesor Rico, nada menos. Es una gran eminencia, un primer espada, y muy severo. Al parecer trata a patadas a la gente que le parece idiota o que lo importuna. Es muy temido, muy impertinente, muy cáustico. Es académico de la Española.» ¿Si alguien diese una descripción similar de usted, acertaría en parte o estaría equivocado por completo? A veces se ha quejado de la imagen que se tiene de usted.

–No me quejo, simplemente constato que la tengo y no me explico muy bien por qué. Al trato al menos no creo ser arrogante o altivo o estas cosas que a menudo se dicen de mí. Puedo dar esa impresión o quizá, en los artículos sobre todo, no tengo muchos reparos en señalar lo que me parece una sandez y a lo mejor esa manera tan franca de decirlo puede parecer arrogante pero qué le voy a hacer, es que a mí no me van mucho los eufemismos. Los sé utilizar, sobre todo después de haber pasado por Oxford, podría decir «esto no sería quizá tan inteligente como uno desearía» (ríe), pero francamente no me divierte. Tampoco Rico es así, seguramente luego el pobre es más afable de lo que se dice ahí. Y yo puedo tratar a patadas a alguien en un artículo, pero en persona no creo que trate a patadas nunca a nadie, ni siquiera a los que me parecen más imbéciles. En persona me cuesta mucho no ser como mínimo cortés. No soy de dar bufidos ni dar cortes tremendos a una persona. Por escrito y en artículos es otra historia. Pero me cansa sobre todo cuando viene esa gente que no me conoce y me dice «ah, pero eres muy normal», aunque entiendo que si eres una persona pública tienes que aguantarte.

–«Todo el mundo muere en el engaño, sin saber nunca lo bastante». ¿No somos capaces de decir la verdad, ni siquiera a las personas a quienes más queremos?

–Eso se dice en un momento en el que se habla de los muertos. El vivo, simplemente porque se ha quedado más tiempo, sabe

---

«Todos vivimos y morimos engañados, en unas creencias que a los cuatro días ya no van a ser las imperantes»

más, puede averiguar cosas que el muerto no llegó a saber y entonces tendemos a pensar en el muerto, por sabio que fuera, como «pobrecillo, esto no llegó a saberlo». Todos vivimos algo engañados y por tanto morimos algo engañados. Y eso lo relaciono con esa especie de conmiseración que hay hacia las cosas del pasado de la que he hablado en otros libros. Y por parte de los vivos también hay la presuntuosa superioridad que sienten respecto a los muertos simplemente por haber llegado más lejos. Claro que todos morimos en una creencias que al cabo de cuatro días ya no van a ser las imperantes.

–¿Por qué cree que «todo tiene un tiempo para ser creído»? *¿Tanto cambia el rostro de las personas con el paso de hoy a mañana?*

–Todo tiene un tiempo para ser creído quiere decir que hay cosas que durante un tiempo se creen incluso colectivamente. Y eso lo saben bien los difamadores y los calumniadores. Si tú ahora vas a Alemania seguramente encontrarás a cuatro gatos neonazis y a cuatro nostálgicos que aún vivan que te digan que Hitler fue un gran hombre y que hizo mucho por Alemania y hasta por Europa. Y sin embargo hubo un tiempo en que lo creyó toda Alemania aunque hoy nos parezca inverosímil. Lamentablemente es así.

–Una curiosidad: ¿cree que a Ian Fleming, el autor de las novelas de James Bond, le habría gustado Tu rostro mañana?

–No, no creo. Demasiada poca acción para lo que a él parecía que le gustaba ¿no? A lo mejor a John Le Carré si lo leyera le podría gustar, pero a Ian Fleming no sé...

–Ha dicho que es el último esfuerzo de estas dimensiones, incluso que ha llegado a tener la sensación de que no iba a escribir más novelas. Supongo que habría que añadir un «de momento»

–De estas dimensiones seguro. Y claro creo que he dicho casi siempre que «de momento». A día de hoy no me veo, pero eso no quiere decir que dentro de un tiempo o pueda escribir una novela de dimensiones normales. Ahora no me veo en ello porque para mí los comienzos de las novelas son lo más lento y lo más costo-

«Hay cosas que durante un tiempo se creen colectivamente, y eso lo saben los difamadores»

so. Las primeras cuarenta páginas me cuestan mucho tiempo y es lo que me resulta también más aburrido: la creación de un mundo, la presentación de personajes y tal. Entonces la mera idea de empezar con otro mundo distinto de éste, ahora mismo me da una pereza infinita, pero puede que sí en el futuro.

–¿Y mientras?

–Mientras siempre puedo escribir cuentos, que es lo que preveo que haré, aunque sólo sea para poder escribir la palabra «fin» a menudo, sin tener que esperar siete años.

–Cuando entrevisté a Enrique Vila-Matas para Cuadernos Hispanoamericanos le pedí que le hiciera una de las preguntas de esta entrevista que ya tenía prevista. Me contestó que, mejor que algo literario, quería preguntarle si todavía conserva, o quizá ha tirado o regalado, el libro de Toussaint sobre Zidane que le regaló la última vez que fueron a un Barça-Madrid..

–Claro, lo conservo, pero aún no lo he leído con este atraso de lecturas que tengo desde hace años. Y por supuesto que pienso leerlo. Nunca además habría regalado un regalo que viniera de él, aunque sea de un forofo del Barça, de un culé.